

Si algún pueblo de la provincia de Murcia tiene el deber inexcusable de rendir tributo al más genuino representante de los hijos de Castilla, es precisamente Molina de Segura.

Y la obligación es doble, porque doble es la deuda que Molina tiene contraída con el genial Caudillo Castellano. Deuda de gratitud por la gesta de su venida, deuda de reparación por el olvido en que oficialmente se le ha tenido, a pesar de las muchas sugerencias que en diversas ocasiones se han formulado, con resultado negativo

Molina debe al Cid el primer recuerdo de su pasado histórico, que documentalmente arranca en su visita, en noviembre de 1089, y fué además el único pueblo de nuestra provincia donde dejó huellas indelebles y perdurables de su presencia, como consta en los juramentos con que defendió su lealtad hacia Alfonso VI, en los que se menciona repetidamente a nuestro pueblo

Dos gestas íntimamente enlazadas preceden a la efectiva reconquista del reino de Murcia: Aledo y la venida del Cid a Molina. Aledo es la epopeya sangrienta, que simboliza con su audacia, su heroísmo, sus muertos, su ruina y su abandono; el flujo y reflujo de la marcha conquistadora de los reinos cristianos del medievo. Molina y el Cid son el símbolo de la entrada incruenta de Castilla en el reino de Murcia. Si Aledo fué el músculo que posibilitó la conquista, el Cid fué el genio que realizó el milagro de la entrada, y Molina el enlace, el centro geográfico y a la vez el metafísico que aunó ambos esfuerzos: el muscular y el místico. Si el primero resultó estéril en la gesta de Aledo, no así el segundo, que dejó huellas y perduración eterna en la mente de los pueblos musulmicos murcianos.

Porque no fué grande en el Cid su espada triunfadora, ni su genio excepcional de guerrero invencible, ni sus dotes manifiestas de conquistador maravilloso. El Cid fué, por encima de todo eso, el símbolo de la Reconquista, el mito legendario que encendió la fé y la esperanza en los españoles, la tormenta que fulminó el rayo del trágico fatalismo en los desesperanzados agarenos. Le cabe al Cid toda la gloria de nuestra liberación, y por eso Molina y con Molina todo el Reino de Murcia, le deben el tributo de su homenaje y perenne recuerdo.

Yo tengo la seguridad de que no desaprovechó el Cid la oportunidad de su venida a Molina, para escalar las suaves montañas que nos separan de Murcia, y contempló desde lo más alto de sus cimas, con el ansia incontenible de su corazón inmenso, la belleza de la Vega, la hermosura incomparable de la sultana del Nahr-el-Abiad, circundada de poderosas murallas y coronada por esbeltas torres de fortalezas y mezquitas. Sobre aquel paraíso de ensueño, blandió su espada invencible, signó el pacto de rendición, y entre lágrimas de rabia y suspiros de nostalgia, tomó posesión de aquella bendita tierra de promisión, que las rencillas palaciegas, la envidia y las malquerencias, hicieron, de momento, infructuosa. Pero del gesto del Cid brotó inmarcescible la regia corona de jazmines y rosales, de palmeras y naranjos, azahares y perfumes que, dos siglos más tarde, ciñó en sus sienes gloriosas el Santo Rey Fernando de Castilla.

